

RUTAS PARA EL FIN DE SEMANA

En torno al Ouria, ese río que como su propio nombre indica nos lleva a las pepitas de oro que de sus aguas extraían los romanos, puede llevarse a cabo una excursión un tanto especial, la de poder pasear por un paisaje de «calidad», cada vez más raros de

encontrar, y unos rincones que aún rezuman el espíritu de la industria artesanal del XIX. Sin verlas, las herrerías, las minas, la sombra del señor rural emprendedor y controlador de todo cuanto se mueve alrededor se adivinan y se palpan con los senti-

dos. El paisaje húmedo, con su aire romántico, las tabernas mixtas, en las que el techo son el mejor escaparate para la mercancía, la manera de ser de los habitantes, que saben tratar con finura, son complementos de una excursión que deja poso.

El Ouria, el río que nos lleva

El afluente del Porcia sirve de referencia para viajar desde Boal a Vegadeo siguiendo la estela del oro

Boal, Jorge JARDON

Para comenzar la ruta del Ouria, lo mejor es fijar dos puntos de referencia, Boal y Vegadeo, separados entre sí por 36 kilómetros, carretera cómoda, paisaje espléndido y paseo confortable por todo. El otoño es además el momento cumbre para ello, es esa estación por excelencia en la que el paisaje no es luz distorsionante, como pasa en el verano, sino que es color. Confortable, además, porque la naturaleza está dando lo mejor de sí y la elegancia de colores secos combina perfectamente con el atuendo otoñal más elegante.

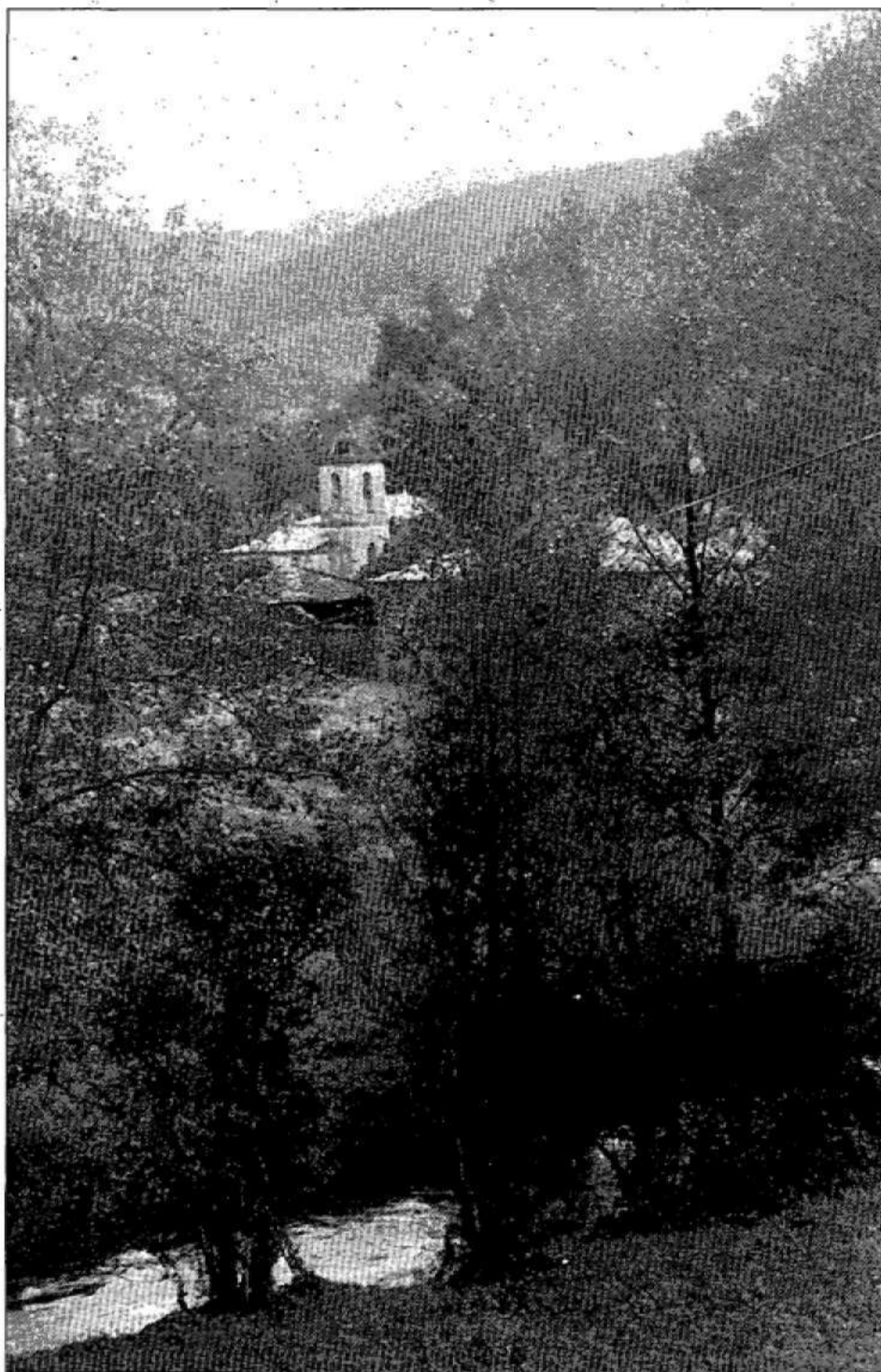
Boal es un lugar de claves fáciles de entender. Las huellas de la emigración son evidentes en las casas de la entrada, y el pujante comercio de otro tiempo queda retratado en las tiendas y en los rótulos de las fachadas. El dinero fácil que venía de Cuba, dicen los boaleses que llegaban montones de millones antes de la llegada de Castro, y el cierre de las minas de wolframio han sido determinantes en el deterioro vital del pueblo. A cambio, lo que también se advierte, ha podido conservar su identidad. Pasear un rato por las calles de Boal resulta evocador.

La vista puede abarcar, con prismáticos, la costa gallega hasta Estaca de Vares

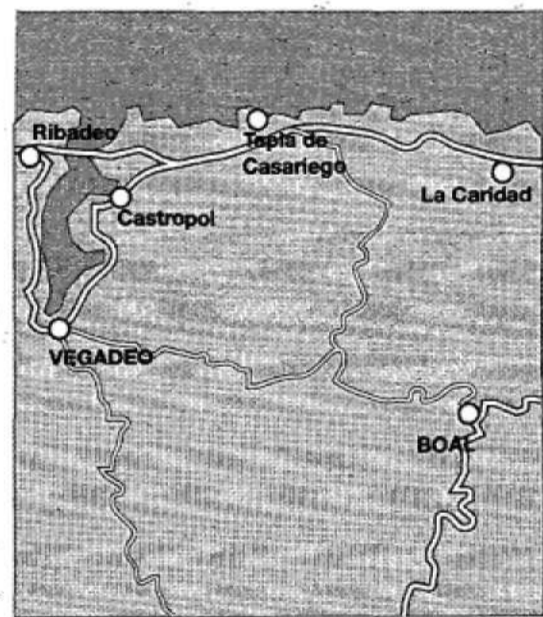
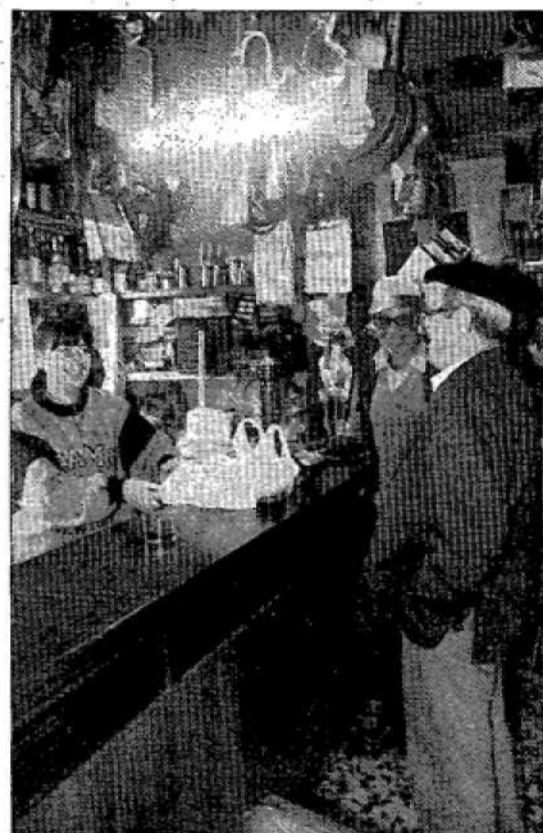
La salida hacia Vegadeo es un lujo. Durante kilómetros, el roble, el abedul y el castaño, a mano y mano, son una tentación y obligan a bajarse del automóvil para recrearse en ellos. Penouta, en la cima, también es un lugar emblemático para las panorámicas.

Los prismáticos pueden sernos útiles para acercarnos a nosotros las sucesivas ondulaciones montañosas y la mar. La iglesia de Tapia es el símbolo más identificador desde aquella lejanísima altura. Pero podemos abarcar mucho más, y la costa gallega hasta la Estaca de Vares, de la que se dista por carretera unos 120 kilómetros, también nos acompaña en la lente indiscreta.

El paisaje sigue siendo gozoso, y el caserío disperso caprichosamente anima los colores y humaniza el paisaje. En la tienda-bar de Rozadas es bueno parar a lo que sea. Lo mismo puede saber uno cosas de la célebre «bruxa de Brañavara», esa mujer que habla con las ánimas cada noche para espantar los malos auspicios de sus clientes, como ser obsequiado con un sabroso trozo de rapa (un delicioso pan elaborado con harina de maíz) de arenques.



Casa e iglesia de Corredoira, un hermoso rincón en una pequeña isla rodeada por el río Suarón. A la derecha, la tienda-bar de Rozadas.



JORGE JARDON

Lo básico

◆ Dónde comer:

En lo que es recorrido en sí mismo, se puede comer en el bar de Rozadas «lo que haya del día», pero siempre dentro de la calidad casera de la materia prima. De todas formas, existen otras alternativas de elección si se desea otra cosa. En Piantón, casa Jaño también ofrece un comida altamente estimable. Fuera del trayecto, tanto en Boal como en Vegadeo, existe una amplia oferta para todos los gustos.

◆ Dónde dormir:

No quedará más remedio que hacerlo en uno de los dos polos del paseo, en Vegadeo o en Boal.

Aquí ya entra uno en contacto con el Ouria y, por consiguiente, con el oro y con las minas. En Rozadas, recientemente, han trabajado geólogos canadienses a la busca del oro y algunas fincas del lugar cuentan con perforaciones

selladas por la empresa investigadora. Vega de Ouria es una aldea de más alto grado de civismo. No hay ni un solo elemento a la vista que diga que hay cuadros ni animales. Todas las casas, cuidadas al máximo, están algo apartadas

de la carretera y separadas mediante árboles, frutales y plantas. Tan discretas están que uno pasa por entre ellas sin apenas darse cuenta.

En el pueblo hay uno de esos comercios en los que hay de todo y más, y en donde es posible aún el reencuentro con utensilios ya perdidos en el recuerdo. Todo el interior salió de un castaño, explica el dueño, que costó 25 pesetas y del que se sacaron tres tablones gigantes y 130 tercias de tabla.

En el mismo pueblo se denunció la existencia de uranio, pero razones legales de tipo militar recomendaron dejarlo todo como estaba. Casi al lado está Ouria, en cuyos terrenos, en sucesivos pliegues, se aprecian las huellas claras de la vocación minera. Incluso, después de los auríferos romanos, se explotó el hierro. Siguiendo el río, se llega pronto a Lagar, en donde la casona

cuadrada de los Villaamil, en la cual nació el último gobernador de España en Filipinas, y la capilla adosada bien valen una parada.

El Ouria se nos marcha hacia el Porcia y nosotros proseguimos por terrenos de Castropol, adentrándonos pronto en términos de Vegadeo, destacando Corredoira, que ofrece una de las estampas más hermosas de todo el paseo, un conjunto de casa e iglesia en una pequeña isla rodeada por el Suarón y que incita a pasar el puente y acercarse a lo que recuerda un monasterio cisterciense.

Piantón, ya cerca de Vegadeo, también es lugar de amena parada. La original plaza, la iglesia, con retablos valiosos, la llamada casa El Rego, amurallada y documentada como una de las más antiguas del concejo, y el puente a la salida completarán la curiosidad de la excursión.